

no debe avergonzarse de escucharla. ¿No nos mandó Alarico que no ofendiésemos en Roma á las monjas? Y si bien no soy cristiano, como él lo era, no creo que deshonre al sectario de Odin recibir la bendición de esas mugeres; y yo quiero recibir la de ésta, Smid, hijo de Troll.

CAPITULO XIII.

EL FONDO DEL ABISMO.

¡Al fin he llegado! dijo Rafael Aben-Ezra hablando consigo mismo. He cogido tierra con toda seguridad en el fondo de lo insondable, divirtiéndome en el firme suelo de la nada primitiva, y hallando mi nuevo elemento, como los niños que empiezan á nadar, no muy impracticable ciertamente. Ningun hombre, ángel ni demonio puede hoy salirme con que soy demasiado débil para creer ó negar cualquier fenómeno ó teoría concerniente al cielo ó la tierra; ni que tal cielo, tierra, fenómenos ó teorías existan.... Sin duda, no soy

bastante dogmático para negar ni asegurar que haya sensaciones.... en número demasiado grande para que sirvan de alivio.... pero, en cuanto á ir mas léjos, por induccion, deducccion, análisis ó síntesis, renuncio á ese oficio de Aracne, y no quiero tejer mas telas de araña con mi alma.... si tengo alma. ¿Sensaciones?... ¿Qué son las sensaciones sino partes de uno mismo.... si este *uno mismo* existe? ¿Quién ha infundido en la cabeza del hombre esa idea infantil, de que hay algo fuera de él que produce las sensaciones? Parecidas son las que se tienen en sueños, y es sabido que no hay realidad correspondiente á ellas.... ¡Sabido! ¡Tú no lo sabes! ¿Cómo osas llevar tu dogmatismo hasta afirmarlo? ¿Por qué tus sueños no han de ser tan reales como tus pensamientos en estado de vigilia? ¿Por qué tus sueños no han de ser realidad, y tus pensamientos en estado de vigilia sueños? Uno ú otro, ¿qué importa?

“¿Qué importa verdaderamente? Años enteros he estado observando (á no ser que esto tambien haya sido sueño, cosa muy probable) cuántos saltimbanquis han hecho cabriolas en la cuerda tiran-

te de la filosofía; y todos ellos son muñecos de madera, formados con hilos de metal, que vienen á ser *petitiones principii*. . . . Cada filósofo cree haber resuelto la cuestion, y camina adelante, con el orgullo del que ha obtenido un triunfo, y se alaba de probarlo todo despues. No es extraño que su teoria convenga al universo, cuando él antes ha cercenado al universo para que convenga á su teoria. Yo he intentado resolver mas de una... estremeciéndome, ¿á qué negarlo? Al llegar al *miimum* de la reduccion porque supongo no es posible descender mas que al simple *Yo soy yo*. . . . á no ser (cosa igualmente demostrable) al *Yo no soy yo*. Recuerdo (ó sueño) que ofreci á ese dulce sueño, llamado Hipatia, deducir todo lo que hay en el cielo y en la tierra, desde los principios astronómicos de Hiparco hasta el número de plumas que tiene el ala de un arcángel, de esa sencilla proposicion, si antes ella queria escribirme su demostracion, como una especie de *pousto* para el vértice de mi pirámide invertida. Pero no se dignó hacerlo. . . . Es comun desdeñarse de ejecutar aquello para lo cual uno conoce que es im-

potente. . . . Se contentó con responder "que era un axioma, igual al de uno y uno que componen dos. . . ." ¡Cuál se quedó el dulce sueño cuando le dije que no consideraba axioma lo uno ni lo otro; y que el parecernos que uno y uno componen dos, no era mas segura prueba de que fuesen dos en realidad, y no trescientos sesenta y cinco, que la de que un hombre en la apariencia honrado, no debiese ser un pícaro; y cuál se quedó despues cuando le pregunté, al apelar ella á la experiencia universal, cómo se haria para probar que la locura combinada de todos los locos podia convertirse en sabiduria!

“*¡Yo soy yo*, un axioma! ¿Qué derecho me asiste para decir que *soy yo* y no otro? ¿Cómo lo sé? Yo, ó mas bien, algo, siente un número de sensaciones, deseos, pensamientos, ideas (¡cargue el diablo con todas!) nuevas á cada instante, y cada una en lucha con todas las demas; y entonces, en vista de esa infinita multiplicidad y contradiccion, que solo yo noto, soy ilógico hasta el punto de esclamar: *Yo soy yo*; y juro que soy una cosa, cuando todo lo que sé es que el diablo es el único que sabe lo que soy.

¡De todas las buenas deducciones de la experiencia esta es la mejor! ¡No sería mas filosófico concluir que yo, que nunca he visto, sentido ni oído lo que llamo mi *yo*, soy eso que he visto, oído y sentido (ni mas ni menos); soy esa sensación que llamo caballo, hombre muerto, asno; como esos cuarenta mil asnos de dos piernas, que aparecen corriendo allá abajo por salvar sus vidas, con la idea de que son algo.... como yo tambien imaginé, en mi necia costumbre de imputarles lo mismo que encuentro en mi *yo*.... ¡maldita palabra! La locura de mis antepasados (suponiendo que los haya tenido) ha estorbado que adquiriese otra costumbre mejor.... ¿Por qué no he de ser todo lo que siento.... ese cielo, esas nubes.... el universo entero? ¡Hércules! ¡qué genio creador debe ser mi sensorium!.... Voy á componer una poesia.... épico-burlesca, en veintidos libros, titulada: *El universo, ó Rafael Aben-Ezra*; y tomaré por modelo el *Margites de Homero*. ¿De Homero? ¡Mio! ¿Por qué el Margites, como todo lo demas, no ha de haber sido una sensación de mi yo? Hipatia solia decir que la poesia de Homero era una parte de ella....

solo que no podia probarlo.... pero, yo he probado que el Margites es una parte de mi.... ¡Lo cual no significa que yo crea mi prueba.... el excepticismo lo prohíbe! ¡Oh! ¡pluguiera al cielo que todo este desagradable universo fuese aniquilado, para que la experiencia me enseñase de ese modo si queda algo del *yo*, cuando todos los objetos exteriores han desaparecido!.... ¡Necio y dogmático! ¿y cómo sé yo que así se aprenderia eso? Y si se aprendiese, ¿qué necesidad habria de enseñarlo?

“Me atrevo á decir que hay una respuesta que cuadra á todo esto. Yo pudiera escribir una muy buena en media hora; pero luego no la creeria.... ni la réplica.... ni la contra-réplica.... Así.... tengo sueño y hambre.... ó mas bien, el hambre y el sueño me tienen á mí.”

Y Rafael concluyó su meditacion con un gran bostezo.

Este consolador discurso fué pronunciado en una sala de lecciones á propósito para semejantes monólogos. En medio de las desnudas paredes de una torre destruida por el fuego en la Campiña de Roma, sobre un monton de yerba seca, rodeado por unos cuantos pinos que-

mados y negros con el humo, estaba sentado Rafael Aben-Ezra, esforzándose en hallar la última fórmula del gran problema humano. Dada la existencia del yo, hallar la de Dios. Desde allí podía disfrutar la extensa perspectiva de la llanura, cubierta de árboles rotos, trigos hollados por los piés, quintas aun humeando, y demas horribles señales de una reciente guerra; y á lo léjos hacía las tranquilas montañas de color de púrpura y el plateado mar hacía el cual se dirigia, grandes líneas negras de movibles manchas, que ora corrian juntas, ora se separaban, deteniéndose unas veces, retrocediendo otras para seguir luego su curso por algun nuevo canal, mientras que de tiempo en tiempo un brillo de centellas blancas y agudas atravesaba aquellas densas y negras masas.... El conde de Africa se habia lanzado á disputar el imperio del mundo.... y habia perdido.

“¡Magnífico y viejo sol! dijo Rafael. ¡Cuán alegremente baña con su resplandor las hojas de espada que se ven á lo léjos, sin cuidarse de que cada centella lleve ó no un grito de muerte tras sí! ¿Y por qué se cuidaria? No es de su incum-

bencia. Los astrólogos son necios. La mision del sol es brillar, y su excesivo brillo es, en verdad, una de mis sensaciones poco satisfactorias. ¿Qué significa esto? ¡Es cosa agradable, sin disputa!”

Mientras discurría así, una columna de tropas avanzaba al través del campo, en direccion de aquel punto.

“Si estas unevas sensaciones mias me hallan aquí, infaliblemente producirán en mí una nueva sensacion, que hará imposibles todas las demas.... ¿Y qué cosa mejor pudieran hacer por mí?... Sí; pero, ¿como sé que la harian? ¿Qué prueba tengo de que si un fantasma de dos piernas introduce un duro fantasma de metal entre mis sensaciones, esas sensaciones serán las últimas que experimentaré? ¿El que yo me ponga pálido, y yazga en silencio, y en uno ó dos dias me convierta en carne de corneja, es una razon para que no deba sentir? ¿Y cómo sé yo lo que sucederá? Veo que acontece esto á ciertas sensaciones de mi pupila.... ó de otra parte.... ¿qué importa cuál? que llamo soldados; pero ¿qué analogía existe entre lo que parece sucede á esas sensaciones individuales,

llamadas soldados, y lo que puede ó no acontecer realmente á todas mis sensaciones reunidas, qué llamo *yo*? ¿Produciría yo manzanas, si un fantasma viniera y me plantara? Entonces ¿por qué habria de morir si otro fantasma viniera y me atravesara el costado?

“Sin embargo, tampoco lo niego, pues no soy dogmatico. Positivamente los fantasmas se dirigen á mi torre; y de todos modos, es mas seguro huir de aquí. Pero, en cuanto á perder el sentimiento, continuó levantándose y guardando unas cuantas cortezas enmohecidas de pan en la mochila, eso, como todo lo demas está por probar. Porque... si ahora, cuando me asiste alguna excusa para imaginarme una cosa que ocupa un sitio, casi me vuelve loco el número de mis sensaciones, ¿qué será cuando sea comido, y me convierta en polvo, é indudablemente en muchas otras cosas ocupando muchos otros lugares? ¿No se multiplicarán entonces las sensaciones, de una manera insoportable? ¡Lo juraría, si fuese capaz de jurar por algo! ¡Ser cambiado en el sensorium de cuarenta miserables cornejas distintas nuas de otras, ademas de dos ó tres zorras y

un grande escarabajo negro! Huiré, como los demas.... si los demas existen. ¡Vamos, Bran!....”

“¡Bran! ¿dónde estás? ¿dónde estás, desgraciada é inseparable sensacion mia? ¡Alimentándote ya de esos soldados muertos! Bien; la lástima es que este necio y contradictorio gusto mio, despertándome el hambre, me impida seguir tu ejemplo. ¿Por qué he de recibir lecciones de mis fantasmas-soldados y no de mi fantasma-perra? ¡Esto es ilógico! ¡Bran! ¡Bran!”

Y salió y silbó inútilmente llamando á la perra.

“¡Bran! Desgraciado fantasma, que no se desvanece ni de dia ni de noche, descansando en mi seno hasta cuando sueño; y que tampoco permite que yo me desvanezca y resuelva el problema (si bien no ereo haya tal problema): ¿por qué me sacaste del mar en Ostia? ¿Por qué no dejaste que me trasformara en una multitud de cangrejos? ¿Cómo sabias tú ni yo que no son gente muy alegre, y que las dudas filosóficas no alteran su sosiego en lo mas mínimo?... Pero, quizá no eran cangrejos, sino fan-

tasmas de cangrejos.... Y, por otra parte, ¿si los fantasmas-cangrejos producen sensaciones alegres, por qué no las producirán los fantasmas-cornejas? Así, cualquiera que sea el resultado, es indiferente; y puedo muy bien esperar aquí, y parecer que me convierto en corneja, como sucederá sin duda. — ¡Bran!.... ¿A qué aguardar por ella? ¿Qué gusto puede darme el sentimiento de una cosa con cuatro piés, piel de colores, orejas cortadas y hocico largo, siempre entre lo que parecen ser mis piernas? ¡Ahí está! ¿dónde te has detenido? ¿No me ves dispuesto á emprender mi marcha, con el palo y la mochila al hombro? ¡Vamos!”

Pero la perra, mirándole como solamente estos animales saben hacerlo, corrió á la espalda de la mina, volvió adonde él estaba, y así estuvo yendo y viniendo, hasta que Rafael la siguió.

“¿Qué es esto? ¡Esta es una nueva sensación acompañada de una venganza! ¡Oh!, tropel de apariencias materiales! ¿no bastaba con vosotras, sino que era preciso añadiéseis á vuestro número también éstas? ¡Bran, Bran! ¿No podías haber buscado otro día mejor que este

en el año para regalar mis oídos con la agradable música de uno... dos... tres... nueve perrillos ciegos?”

Bran por toda respuesta corrió al agujero donde su nueva familia estaba arrastrándose y chillando; sacó un perrillo en la boca y lo puso á los piés de Aben-Ezra.

“Inútil, te lo aseguro. Estoy perfectamente instruido de lo que pasa. ¡Cómo! ¡Otro?... ¡Vejestorio! ¿crees, como las hermosas damas, que lo que te ha sucedido es cosa para envanecerse?... Pero ¿si va á sacar toda la camada!... ¡En que estaba pensando últimamente! ¡Ah!.... el argumento era contradictorio, sí, porque yo no podía argüir sin emplear los mismos términos que repudiaba. Bien.... Y.... ¿por qué no habria de ser contradictorio? ¿Por qué no?... Se debe también sostener esto. ¿Por qué una cosa no podria ser verdadera y al mismo tiempo falsa? ¿Qué daño resulta de que una cosa es falsa? ¿Qué necesidad hay de que sea verdadera? ¿Verdadera!.... ¿Qué es la verdad? ¿Por qué una cosa ha de ser peor siendo ilógica? ¿Por qué ha de existir lógica de ninguna clase? ¿He visto yo jamás un

animalillo huir con la *Lógica* acuestas? ¿Qué sé yo de ella, sino que es una sensación de mi alma.... supuesto que tenga alma? ¿Qué prueba es esta de que yo deba obedecerla á ella, y no ella á mí? Si una pulga me pica, me libro de esta sensación; y si la *lógica* me molesta hago lo propio. Conviene enseñar á los fantasmas á desaparecer cortesmente. La única esperanza de consuelo está en resistir débilmente á la tiranía que ejercen sobre uno las ideas y sensaciones.... todos los filósofos lo confiesan.... ¿y qué divinidad es la *lógica* para que deba ser la única excepcion?... ¿Qué quieres, vieja? Te advierto que hoy, ni mas ni menos que una monja, tienes que elegir entre los vínculos de familia y los del deber.”

Bran le cogió por el extremo de la ropa y le atrajo adonde estaban los perrillos: en seguida tomó uno de éstos y lo levantó hácia él, repitiendo lo mismo con otro.

“¡Injusto animal! Supongo no te atreverás á esperar que cargue con tus perros.”

Y Rafael volvió la espalda para marcharse.

Bran se echó sobre sus patas traseras y empezó á ahullar.

“¡Adios, pues! has sido, es verdad un agradable sueño.... Pero si te empeñas en imitar á todos los fantasmas....”

Y se puso en camino.

Bran corrió tras él saltando y ladrando; luego, acordándose de sus hijos, retrocedió, intentó llevarlos uno á uno en la boea, despues todos; pero no pudiendo, se echó y ahulló.

“¡Vamos, Bran! ¡Vamos, querida!”

La perra estuvo yendo y viniendo de él á los perrillos y viceversa, hasta que de repente se paró, dejó caer la cola y se dirigió poco á poco á sus hijos con un profundo murmullo de reprension.

“¡Si bien se considera, dijo Rafael, tienes razon! Aquí están nueve cosas que han venido al mundo; fantasmas ó no, aquí están: no puedo negarlo. Son algo, y tú tambien eres algo; ó á lo menos bastante parecida á algo. ¿Y tú no eres tan buena como yo, y ellos tambien, y con el mismo derecho á vivir que tengo yo? Así, ¡por los siete planetas! los llevaré conmigo.”

Dicho esto, retrocedió, ató los perrillos en un pañuelo, y echó á andar: Bran

ladraba, chillaba, saltaba, corría entre las piernas de Rafael, sin saber cómo expresarle su alegría.

—¡Adelante! ¡a donde quieras! El mundo es ancho. Serás mi guía, mi tutor, mi reina de la filosofía, solo por el sentido común de que estás dotada. ¡Adelante, nueva Hipatia! ¡Te prometo no oír hoy mas lecciones que las tuyas!”

Se puso en marcha con bastante dificultad, ya atravesando por entre cadáveres, ya subiendo á una pared, á fin de salirse del camino y evitar alguna partida de caballería, ó alguna cuadrilla obeena de ladrones, que se ocupaban en despojar y robar á los muertos.... Por último, enfrente de una extensa quinta, trasformada á la sazón en un esqueleto negro y humeante, se encontró al saltar una pared, junto á un monton de bastantes cadáveres que habian sido apilados contra el muro del jardín. Allí se habia luchado de un modo terrible tres horas antes.

—¡Sácame de este estado miserable! ¡Mátame, por piedad! dijo á sus piés una voz lastimera.

Rafael miró al suelo, y vió que el infeliz estaba herido y mutilado de una

manera que no daba lugar á la menor esperanza.

—Lo haré, amigo, si tal es tu deseo.

Así diciendo, desenvainó el puñal. El desgraciado extendió la garganta, esperando el golpe con espantosa sonrisa. Sus ojos se encontraron con los de Rafael, y éste sintió que le faltaba el ánimo y se levantó.

—¡Qué consejo me das, Bran?

Pero la perra estaba lejos de allí, saltando y ladrando con impaciencia.

—Obedezco, dijo Rafael.

Y siguió al animal, mientras que el herido le llamaba angustiosamente y en tono de reconvenccion.

“No aguardará mucho. Esos ladrones no serán tan débiles como yo.... ¡Es extraño! Segun mis reminiscencias armenias, me hubiera creído tan exento de semejante flaqueza como cualquiera de mis antepasados los Cananitas.... Y sin embargo, un mero espíritu de contradiccion me impidió matar á ese infeliz, precisamente por lo mismo que me rogaba lo hiciese.... Hay en esto mas de lo que cabe en esa gran pirámide invertida de *Yo soy yo*.... Olvidémoslo, y ante todo aprendamos de memoria las lec-

ciones de la perra. ¿A dónde nos dirigimos, Bran? ¡Ah, increíble transformación! Esta es la misma hermosa quinta que ví ayer por la mañana, con los asientos del jardín entre lechos de flores, justamente como las jóvenes los dejaron, y los pavos reales y faisanes de color de plata andan corriendo de un lado para otro, admirados de que sus lindas amas no vayan á echarles de comer. Hay aquí un monton de escombros y de corrupcion, que encontrarán las jóvenes cuando se atrevan á volver de Roma, quedándose entonces de los horrores de la guerra que les destruye todos sus arbolillos, y de la crueldad de los soldados que les matan y se comen sus pobres tórtolas. ¿Por qué no? ¿A qué llorar otras cosas... que son como éstas irremediables, ó que tal vez no necesitan remedio? ¡Ah! ¡Bajo aquel árbol frutal descansa un bizarro sugeto!”

Rafael se acercó á un círculo de cadáveres, en medio de los cuales yacía, medio apoyado contra el tronco del árbol, un oficial de elevada estatura, en la flor de su edad viril. Su casco y armadura, con hermosos embutidos de oro, estaban cortados y abollados por cien

golpes; su escudo atravesado de parte á parte; su espada rota en la yerta mano que la tenía aun asida. Separado de su tropa, hizo la última parada bajo aquel árbol, metido hasta la rodilla en medio de las gayas flores de verano, y allí yacía cubierto, como por burla... ó por lástima... de la madre naturaleza, de rosas marchitas y de frutas de color de oro, que habian caído de las ramas en aquella terrible lucha. Rafael se detuvo un momento á contemplarle con una triste sonrisa.

“¡Bien!... ¡has vendido cara tu creida personalidad! ¡Cuantos hombres mataste!... Nueve... once... ¡Hombre presuntuoso! ¡Quién te ha dicho que tu vida valia tanto como las once que destruiste?”

Bran se acercó al cadáver, quizá porque le supusiera vivo á causa de su posición; arrimó las narices á la fria mejilla, y retrocedió con un triste ahullido.

“¿Eh? ¿Es así como debe mirarse este fenómeno?... Bien; en último resultado, siento tu suerte... casi te amo... Todas tus heridas están hechas por delante, cual deben ser las que reciba un hombre. ¡Pobre necio! ¡Ni Lais ni Tais